

**Misa Estacional  
en la Solemnidad de Jesucristo  
Rey del Universo  
Clausura del Año de la Fe  
Apertura 450 aniversario de la Diócesis**

S. I. Catedral de Orihuela  
24 de Noviembre de 2013

En el marco de la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, clausuramos el Año de la Fe y abrimos las puertas del Año Jubilar conmemorativo del nacimiento de nuestra diócesis; apertura de la celebración de los 450 años de la diócesis de Orihuela que hacemos ante la imagen entrañable de Nuestro Padre Jesús, rostro visible del amor de Dios para los hijos de esta tierra, reflejo de la misericordia de Cristo que nos manifiesta y guía hacia su reino.

Esta fiesta de Cristo Rey es auténtico broche de oro del Año de la Fe y del Año litúrgico que concluye.

¿Y cuántas veces hemos oído proclamar, en el ámbito del tiempo litúrgico que hoy se cierra, la realidad del Reino de Dios? El Reino de Dios, leemos en el Evangelio, es similar a una semilla, a un campo, a un tesoro escondido, a un banquete; el Reino de Dios está cerca; ¡el Reino de Dios está en medio de vosotros!

En las lecturas de hoy, acabamos de escuchar unas referencias directas al Reino de Cristo: S. Pablo nos animaba a dar gracias al Padre porque “nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido”; en el Evangelio veíamos como uno de los malhechores se dirige al Señor diciéndole: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Sí, el Reino de Dios se llama el reino de Cristo porque ha encontrado en Jesús su plena y definitiva realización.

¿Qué es este Reino misterioso que no es de este mundo, que no hace violencia pero la sufre?

Podemos comenzar diciendo lo que no es. No es una institución política o jurídica, como son los reinos humanos.

Reino aquí, en sentido activo significa el reinado, el señorío de Dios. El Reino de Dios y la soberanía de Dios que coincide con la voluntad y santidad de Dios: “Venga tu Reino” es como decir “Hágase tu voluntad”. Por eso se llama: reino de verdad, de amor, de justicia, de paz.

El concepto de Reino de Dios conlleva un significado pasivo referido al ser humano. Si en sentido activo indica –decíamos- la voluntad de Dios; en sentido pasivo indica la aceptación de esta voluntad que se realiza en la obediencia de la criatura y en el ordenar todas las cosas según la voluntad y el proyecto de Dios. También por esto el Reino de Dios es Reino de Cristo, porque con su obediencia hasta la muerte, Jesús ha acogido y cumplido en sí mismo, plenamente, la voluntad del Padre.

En todo esto hay para nosotros una evidente consecuencia, y que señala el mismo Jesús: “buscad el Reino de Dios y su justicia”. Y esto en tres campos bien concretos.

El más amplio de todos es el mundo. Son verdaderos operarios del Reino aquellos que viven según las Bienaventuranzas y también aquellos que, más o menos conscientemente, trabajan por disminuir el peso del pecado en el mundo, luchan por una política más humana, por una información más honesta, por una sociedad más justa y por una cultura más respetuosa con la dignidad del hombre.

El segundo campo es la Iglesia. En la Iglesia, que debe estar en permanente actitud de conversión pastoral y vital guiada por el Espíritu, debemos hacer que resplandezca nuestra obediencia a la voluntad, a la

soberanía de Dios, de modo que ella, la Iglesia, realice y manifieste al mundo el Reino de Dios.

El tercer campo en el que buscar el Reino es en el personal, en nuestra existencia. Ello significa crecer en el amor, porque el amor es la sustancia y el ser mismo del reinado de Dios. Es por ello que, como nos dijo el Señor, al final de todo, a la hora de la verdad, al acabar nuestras historias, seremos examinados de amor. Es lo que de todos nuestros trabajos va a quedar. Es lo único que nos valdrá, con la misericordia de Dios.

Hoy, pues, demos gracias a Dios por lo que en la fe y en el amor, por su gracia, hemos avanzado en una Año singular, lleno de iniciativas diocesanas para aumentar nuestra fe. Y supliquemos por el tiempo jubilar que iniciamos, conmemorativo de los 450 años del nacimiento de la diócesis de Orihuela.

Os animo a cultivar una memoria agradecida hacia todos los que en estos siglos sembraron la fe y cuidaron con amor a nuestro pueblo, edificando la Iglesia de Dios en nuestra tierra. Os animo a que este Año jubilar no sólo nos ayude a conocer más y a querer más a nuestra diócesis, sino que todo ello sea impulso para seguir evangelizando, transmitiendo la fe cristiana a niños y jóvenes, adultos y mayores; cuidando la identidad creyente en nuestras familias, parroquias, comunidades y colegios; ayudando a que crezcan vocaciones generosas al sacerdocio, a la vida consagrada, al matrimonio, a la santidad en definitiva.

Sea un Año jubilar generador de ilusión, de júbilo, de alegría, por poder colaborar con Dios que sigue edificando nuestra Iglesia con vocación de futuro, de ser luz y sal de esta querida tierra.

Hoy debe ser más realidad que en otras ocasiones el diálogo entre el celebrante y el pueblo al comienzo del Prefacio: ¡levantemos el corazón! ¡lo tenemos levantado hacia el Señor! Hagamos nuestra en este día tan especial una ferviente oración de acción de gracias: Sí, Señor, Tú estás aquí con nosotros; has estado y estarás en nuestro camino. Sigue dándonos ojos de fe para sentirte, para seguirte, para servirte en tantos necesitados, sobre todo necesitados de orientación y de esperanza. Sigue enviando el don del Espíritu a tu Iglesia de Orihuela-Alicante, siempre en el deseo de revivir Pentecostés, para entendernos, para unirnos en rica variedad, para salir en misión, seguros en la eficacia del Evangelio, deseosos de hablar de Dios con palabras sencillas que lleguen al corazón.

Que el amor intercesor de María, Madre de Dios y Madre nuestra, y el patronazgo de S. Vicente Ferrer, apóstol de nuestras tierras, velen por nuestra querida diócesis, de modo que todos los hijos de esta Iglesia sigan entonando cantos de júbilo a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos. Así sea.

**+ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante